se registra, pero sin resultado; no quedaba por visitar, más que el alojamiento del hermano guardián, el cual era reputado y venerado como santo, y por gozar de esa fama de santidad, no se le había interrogado.

Registraron sus cosas, ¡ y cuál no fué la admiración y disgusto del prior al encontrar el dichoso reloj oculto debajo de un moutón de trapos ! Vuelve en el acto á la sala donde reunidos estaban todos los hermanos, llama al culpado, y sin otro preámbulo le condena á pasar lo restante de su vida á pan y agua en una especie de capillita, á lo más apartado del jardín. Sin pronunciar una palabra, con la cabeza baja en señal de obediencia, el lego se restituye al lugar designado. Allí permanecía hacia catorce años, cuando uno de los hermanos acude al prior y le dice sobresaltado : « Reverendo Padre, fray fulano está para morir, como ya lo sabéis, pero antes de irse al otro mundo, quiere reparar un gran daño. El es quien robó aquel reloj, y quien lo escondió, por no ser descubierto, en el armario del guardián y me encarga ahora á mí que os declare su delito. — Pues entonces, castigué yo á un inocente, y el que acusé de hipocresía es un santo ; voy de contado á repara esa falta. » Al entrar el prior en la capillita que servía de cárcel al pobre acusado, le cogió las manos, y le abrazó pidiéndole que le perdone. No atina el lego á qué alude todo eso. « Aquel reloj de antaño. — ¿ Qué reloj es ese ? — Pero ¿ por qué no os justificasteis ? — Pero si á mí nadie me acusó. — Es verdad, el culpado soy yo : pues bien, en nombre de lo santa obediencia, yo os mando que me impongáis la penitencia que tengáis por conveniente. — Reflexionó un instante el hermano, y luego dijo : En nombre de la santa obediencia, yo os prohibo hablar de este suceso antes de mi muerte. » Y en efecto, sólo después de su muerte se supo ese acto de humildad verdaderamente horoico.

DÍA VEINTE Y NUEVE

CONSIDERACIONES SOBRE EL AMOR DE MARIA POR JESUCRISTO

El amor de María por Nuestro Señor no tuvo nunca igual en el cielo ni en la tierra; probemos estudiar su naturaleza y efectos.

Punto I°[1]. — Naturaleza del amor de María por Jesucristo. Es ese amor algo tan elevado, tan profundo, tan misterioso, tan divino, en una palabra, que es inaccesible para la humana inteligencia. Un santo obispo nos dió de él grande idea con decir estas palabras : Para formar el amor de María, se juntaron dos amores en uno. — ¿Qué misterio es ése ? pregunta Bossuet, ¿ qué significa el conjunto de dos amores ? Significa que la Virgen Santísima tributaba á su hijo el amor que debia á Dios, y tributaba también á su Dios el amor que debía á su hijo. Si entendéis bien esas palabras, veréis que nada se puede pensar más grande, más sublime y excelso, para expresar el amor de la Virgen ; pues quiere decir el santo obispo que la naturaleza y la gracia concurren juntas para

1. Sacado de Bossuet.

producir en el corazón de María las más hondas impresiones.

No hay cosa más fuerte é imperatíva que el amor que la naturaleza infunde por un hijo, ni cosa más fuerte que el amor que la gracia infunde por Dios. Esos dos amores son dos abismos cuya profundidad no puede penetrarse, ni comprenderse su extensión. Pero en esto podemos decir con el Profeta, un abismo llama á otro abismo ; pues para formar el amor de la Virgen santa, fué preciso mezclar todo cuanto la naturaleza tiene de más tierno, y cuanto tiene la gracia de más eficaz. Debió hallarse en ello la naturaleza, siendo su hijo objeto de ese amor, y debió también obrar la gracia, pues el objeto de ese amor era Dios. Pero lo que excede á toda imaginación, es que la naturaleza y la gracia ordinaria no bastan para ello, por no estar en la naturaleza el encontrar un hijo en Dios, y no pudiendo tampoco la gracia hacer amar á Dios en un hijo. Luego es forzoso indagar más allá la fuente que produjo en María su amor por Jesucristo, y penetrar hasta en el seno del eterno Padre. Y es forzoso por esta razón que el divino hijo, de quien María es madre, le es común con Dios : *Lo que nacerá de ti,* le dijo el angel, *se llamará el hijo de Dios.* Así pues, ella va unida con Dios Padre desde el instante en que es madre de su Hijo único, el cual, dice san Bernardo, no le es común sino con el Padre Eterno, en el modo con que le engendró.

Pues ¿de dónde le viene tanta gloria, y cómo concibió al verdadero Hijo de Dios ? Ya imagináis que no fué con su natural fecundidad, la cual no podía concebir más que á un hombre ; sino que, para hacerla capaz de concebir á un Dios, fué preciso, dice el Evangelista, que *el Altísimo la cubriera con su virtud*, esto es, derramara su fecundidad sobre ella. Y así es cómo María queda asociada con la eterna generación. Pero Dios, que se dignó darle su Hijo, comunicarle su virtud, y derramar sobre ella su fecundidad, debió también, para perfeccionar su obra, infundir en su seno algún rayo ó chispa del amor que él profesa á su Hijo único, que es esplendor de su gloria, y viva imagen de su substancia. De ello nació el amor de María: se obró una efusión del corazón de Dios en su seno, y el amor que ella profesa á su Hijo le fué dado de la misma fuente de donde le fué dado su Hijo.

Después de tan misteriosa comunicación del corazón de Dios con el corazón de María, ¿cómo poder comprender la unión de María con Jesucristo? pues hay en ella algo de la perfecta unidad que existe entre el Padre y el Hijo. No intentéis tampoco penetrar la fuerza de ese amor materno que de tan alta fuente proviene, y que no es más que un destello del amor del Padre por su hijo único ; para penetrarlo, sería preciso comprender todo cuanto puede haber de extremado en la ternura maternal, y

todo el amor que encierra el corazón de Dios. Adorad esos misterios, y rogad á la Virgen santa que infunda en vuestra alma algo del amor que ella tenía por su divino Hijo.

Punto II°. — Efectos del amor de María por Jesucristo. Los efectos del amor de María son sus gozos, sus sobresaltos, su heroísmo y exaltación. Imaginaos esa madre bendita que da el ser á ese hijo, objeto de las complacencias del Padre celestial, y de las esperanzas de la tierra; ¡con qué ojos de inefable ternura le contempla! ¡Qué ventura estrecharle en su pecho, y cubrirle con sus besos! ¡Quién pudiera decir lo que pasaba en el corazón de la bienaventurada Virgen, cuando las miradas de Jesús se confundían con las suyas, y cuando al amor de su madre contestaba no sólo con el amor de instinto, cual los demás niños, sino con las pruebas razonadas de su predilección! Si ello es verdad que una madre se embriaga con los triunfos de su hijo, ¡qué felicidad para María el ver á su Jesús objeto de la veneración de los pastores que vienen á adorarle, y más tarde de la adoración de los reyes magos, que le prodigan sus tesoros más preciosos! Por eso no deja de hacernos observar el Evangelista que María conservaba todas esas cosas en lo íntimo de su corazón, y las contemplaba, y se regocijaba de la gloria de su divino Hijo.

El amor de María no conoció sólo los júbilos, conoció también los sobresaltos: todos los

años, á la gran solemnidad consagrada por la ley divina, se restituía la santa familia á Jerusalén para adorar á Dios en su templo. ¡Cuánto hubiera yo deseado ser partícipe de aquel viaje, ser testigo de las miradas que se fijaban sobre la familia santa, oír los discursos de los transeuntes sobre la modestia de María, sobre la bondad del Niño divino que caminaba entre María y José, regocijándolos y edificándolos con lo amable de sus palabras, y lo oportuno de sus contestaciones! ¿No os parece que todas las madres envidiaban la suerte de la venturosa María, y proponían el Niño Jesús por modelo á sus hijos? Pues bien, sucedió un día que Jesús, ocupado en medio de los doctores de la ley, quedóse en Jerusalén, sin que lo supieran María y José. Imposible fuera expresar el dolor y angustia de la pobre madre, cuando, al llamar á su Hijo, no le contesta voz alguna. Busca en la multitud pregunta á cada viajero, y azorada todo lo deja, vuelve á Jerusalén, vuela al templo, y al encontrarle entre los doctores que le admiraban por lo profundo de sus discursos, no puede disimular sus impresiones: ¡Hijo mío, qué susto nos disteis! *Ecce dolentes quærebamus te.*

También se pierde á Jesús por el pecado, ¿es tánto el dolor vuestro cuando os sucede tal desgracia?

El amor de María por Jesucristo se eleva hasta el heroísmo; abandonaron á su Maestro

los apóstoles: san Pedro, que jurara morir por él; san Juan, que reposó sobre su pecho en la última cena, todos se huyeron, á todos dispersó el pánico. Pero el amor materno puede más que el pánico, y María sigue á Jesús paso á paso en la dolorosa vía del Calvario; le cubre con su ternura, y sostiene con su mirada; cuando en el momento de la muerte, la dulce víctima baja los ojos, todavía ve á su madre al pie de la cruz; ella es quien recibe su inánime cuerpo en sus brazos, quien ayuda á embalsamarlo y sepultarlo. ¿Amáis vosotros á Jesús hasta la cruz? ¿Le amáis á pesar de sus humillaciones y del desprecio que trae consigo el nombre de cristiano?

Después de considerar los júbilos, los sobresaltos y heroísmo del amor de María por Jesús, sería preciso poder considerar sus alborozos, pero, ¿cómo describirlos? « ¿Quién podrá jamás concebir, pregunta Bossuet, cuál fué el ardor y vehemencia de esos torrentes de llamas que de Jesús rebosaban sobre María y refluían continuamente sobre Jesús? Ni aún lo pudieran los serafines, por ardorosos qu sean. Nunca se cansaba Jesús de mira á su madre, y nunca esa madre crey tener bastante amor por el Hijo único amado; no pedía otra gracia á su hijo más que la de amarle, y eso mismo la granjeaba nuevas gracias. » Dícenos la historia que el padre de Orígenes iba, en el silencio de la noche, á besar

tiernamente el pecho de su hijo, cual tabernáculo del Dios que ama á la inocencia. ¡Cuántas veces no debió la piedad despertar á María, y llevarla junto á la cuna del Niño Jesús! ¡Qué ternura y qué respeto en la efusión de su amor! No podía haber demasía, siendo infinitamente amable el objeto, y si algo tenía que temer era el no amarle bastante. Á ejemplo pues de María amemos á Nuestro Señor con todas las fuerzas de nuestra alma, muy persuadidos de que el medio más certero de lograr el amor de María, es amar con ardor al Hijo á quien ella tanto amó.

Dame, Virgen santa, el comprender la divina dulzura de la unión con Dios. Viva Jesús conmigo bajo el velo de la fe, cual vivió contigo bajo la sombra de la vida oculta; viva él en mí por la unión de mi corazón con el suyo, cual vivió en ti no siendo ambos más que un solo corazón y una alma sola. No sepa yo en adelante amar ni desear nada fuera de Jesús. Sea él en lo sucesivo mi vida y mi fuerza, sea el corazón de mi corazón y el alma de mi alma, para que yo también pueda decir: Yo vivo, pero no, no soy yo quien vivo, es Jesucristo quien vive en mí. Amén.

EJERCICIO

Pongamos á Dios en nuestra vida por el pensamiento habitual de su santa presencia, y por

la conformidad de nuestra voluntad con la suya.

ANÉCDOTAS EDIFICANTES

Nuestra Señora del Socorro. — El 12 de febrero 1700 salía del Havre para Lisboa un bajel copiosamente cargado, y después de sufrir no pocos embates, esperaba la tripulación estar de vuelta sin más obstáculo al puerto de donde había salido. Al llegar al cabo de Finisterre, elevóse una espantable tempestad como las hay con frecuencia en aquellos parajes. Empezaba á amanecer, y aún seguía la tormenta violenta y amenazadora, ya había perdido el buque sus pertrechos, sus velas, maromas, timón y brújula ; é invadido por las aguas, ya no ofrecía á los marinos y pasajeros más que un abrigo falaz. Era inminente la muerte, cada segundo se acercaba más y más, y en el acto iban todos á ser sepultados en el piélago. « ¡ Consagrémonos á Nª Sª del Socorro !, exclamó con voz fuerte y como inspirada un marinero normando. Esa palabra de salvación devolvió el ánimo á todos ; todos se descubren, se arrodillan excepto el capitán y sus dos hermanos, y todos con voz unánime hacen voto de ir á su santuario para darle gracias, si se digna socorrerlos. Sin embargo el capitán Ferret y sus dos hermanos no eran impíos, abrigaban por el contrario sentimientos religiosos en sus almas, pero, comprometidos por desgracia de su nacimiento en la secta de Calvino, no podían asociarse para un acto que ellos achacaban de idolatría. La santa Madre de Dios, á quien tan ardorosos ruegos invocaban se compadeció de ellos, no ignorando su buena fe, y siendo todopoderosa con ue divino Hijo, logró de él para las tres ovejas sxtraviadas, uno de esos rayos que penetran á los

corazones más endurecidos, y triunfan sobre la terquedad más rebelde. El capitán fué el primero en conmoverse, y dijo : « Si la Virgen santa puede oírnos y atendernos, también yo la invoco » ; y se postró y santiguó con los demás. Imitóle su hermano menor ; y al momento se acallaron los vientos, comenzó la esperanza á alentar los corazones, se levantó el puente del bajel que ya las oles habían sumergido, calmáronse éstas, y el buqua, casi hecho pedazos, se puso á bogar cual si tuviera sus velas : « ¡ Oh Nª Sª del Socorro, santa Madre de Dios, augusta Reina del mundo, exclamó el hermano menor, yo soy tuyo para siempre. » Todavía no se había inclinado el tercer hermano, y como le afeaban su endurecimiento, « yo veo en todo esto, contestó, la bondad de Dios que viene á socorrernos, pero no veo motivo para renunciar la religión de mis padres. — Son los vuestros los que abjuraron la religión de los suyos, dijo un pasajero ; con volver al catolicismo, no haréis más que volver á la religión de vuestros antepasados. — Pero mira, infeliz, prosiguió el capitán ; y hablando así, le indicaba con la mano lo alto del palo mayor, el único que quedaba ; aparecía allí una luz suave, y en aquella aureola, el capitán, los pasajeros, la tripulación y hasta el hermano menor distinguieron perfectamente la dulce imagen de una virgen de ojos celestiales ; estaba en pie, y en sus brazos un admirable niño, el cual, extendiendo las manitas sobre el abismo, parecía ordenarle que calmara su furor. Á la vista de tal portento, se desvanecieron las repugnancias del hermano joven, y poniéndose de rodillas con los demás, levantó también sus suplicantes manos hacia la poderosa protectora que acababa de librarle de doble muerte, la muerte en este mundo, y la muerte en el otro. Puesto en salvo tan milagrosamente de un naufragio, inevitable sin el auxilio del cielo, pudo el buque seguir

su rumbo con la rapidez de la golondrina, y no tardó en entrar en el puerto del Havre. Lo primero que hicieron los tres hermanos, siguiendo fieles á su promesa, fué abjurar la herejía que tanto tiempo los entretuviera en el error, y realizar al frente de la tripulación la peregrinación del Socorro, cuya fama resonó más y más con ese nuevo milagro añadido á tantos otros precedentes. — (B. D'EXAUVILLEZ).

Dos hermanos reconciliados por María. — Un negociante de Londres tenía dos hijos : el mayor, de mal corazón y de peor genio, odiaba á su hermano, que era de índole más suave y apacible. Sintiéndose ya viejo el padre, cuyo haber era considerable, hizo testamento, y cosa de las más extrañas, aunque conocía á sus dos hijos, amando al menor y vituperando al mayor, lo dejó sin embargo todo al mayor, sus bienes y naves, sólo con la obligación de seguir los negocios, y ayudar al menor : y poco después falleció. Al llegar á ser dueño el hermano mayor, ya no disimuló su odio, y echó de casa al hermano que aborrecía, exponiéndole á los azares de la suerte, y sin proporcionarle socorro alguno.

Tanta inhumanidad en un hermano llenó el corazón del joven de indignación y amargura, y estaba desesperado. Si así me trata mi hermano, decía lamentándose, ¿ qué debo esperar de los extraños ? Pero era preciso vivir, y la necesidad le dió ánimo. Como estaba algo al corriente del comercio, salió de Londres, y fué á ofrecer sus servicios á un negociante de la ciudad más próxima ; aceptólos éste y le recibió en su casa. Después de algunos años de prueba, dió tantos testimonios de discreción, de puntualidad en las cuentas, de virtud y prendas de carácter que su principal le concedió á su hija en matrimonio, y al morir le dejó todos

sus bienes. Pocos años después de la muerte del suegro, viéndose el yerno bastante rico, se retiró del comercio, y compró, en una provincia lejos de la capital, una hermosa hacienda donde fué á vivir con su familia, feliz y apreciado de todos. Hay una Providencia que tarde ó temprano castiga á los malvados. El hermano mayor, después de la muerte de su padre, siguió en el comercio, multiplicando las empresas, y por largo espacio, todo le salió según su ambición y deseos ; pero vino un año fatal, en que se amontonaron sus pérdidas, la tempestad destruyó sus bajeles al volver éstos abundantemente cargados. Quebraron varios negociantes que tenían en su poder el dinero que le quedaba, y para colmo de infortunio, pegóse fuego á su casa, consumiéndolo todo, y reduciéndole á él á la más lastimosa escasez. En tan horroroso estado, no le quedaba otra perspectiva más que morir de hambre, ó errar por ese mundo, implorando el auxilio de las almas caritativas á quienes pudieran conmover sus degracias. Entre tanto, la adversidad había tenido por resultado el hacerle comprender lo indigno de su porte con su hermano, y así comía el pan de la caridad con lágrimas y remordimientos (*Seguirá mañana*).

Relato de un militar. — Un cabo de infantería pinta en estos terminos conmovedores los peligros que corrió, y la protección con que le favoreció la Virgen santa :

« Veía el ejército con impaciencia más y más viva que los mejores soldados perecían estérilmente en la trinchera. Cuando nos tocaba á nosotros el estar de guardia, lo que ocurría un día sí y otro no, todos podíamos decir : Salgo de mi tienda esta mañana, pero ¿ volveré á ella ¿ ¡ Ay de aquel que no se ponía bajo el escudo de María, y no

tomaba á tan buena Madre como protectora al lado de Dios! En cuanto á mí, nunca se me olvidó esto, por lo que jamás me dió pavor el fuego del enemigo. Sólo una vez me dejé en la tienda la cartera en que había una oración á la Virgen, y una imagen del Rostro de Nuestro Señor. Esa vez sí que tembló el fusil en mis manos al oír aquella noche la voz de *á las armas*.

« En efecto intentaron una salida los rusos, pero Dios me dió valor, y esperé al enemigo, impertérrito como un soldado viejo. Al día siguiente, volví sano y salvo á mi tienda, y mi primer impulso fué echar mano á la cartera, antes de limpiar el fusil, y recitar con toda la efusión de mi corazón la bella oración que me enviara mi madre..... En fin el 7 de septiembre á la lista se nos anunció que al día siguiente 8, teníamos que tomar sobre el enemigo un brillante desquite del 18 de junio, que tan fatal fué para nosotros. Á tales palabras latieron todos los pechos, porque debajo del capote pardo, hay nobles corazones, y además el peligro tiene particular atractivo para el corazón francés.

« Á las nueve de la mañana, ya estaban en pie las columnas de ataque, esperando la señal del asalto ¡Con qué fervor recé á la Virgen! era el día de su fiesta y debía salvarme. Son las doce, y cesa el bombardeo, flotando la bandera tricolor encima de nuestra principal batería; lánzase adelante el primer regimiento de zuavos gritando: ¡Viva el Emperador! añado yo ¡viva Francia! y nos lanzamos también. Sorprendido por lo pronto el enemigo, se afianzó luego, y nos recibió con una lluvia de balas y metralla. Por nuestra parte, ya no tirábamos, sino que íbamos á la bayoneta, y en menos de diez minutos, flotó el estandarte francés por cima de Malakof.

« Se portaron muy bien los zuavos: no obstante seguía cañoneándonos una batería rusa (la batería

Negra) y caían no pocos de nuestros valientes. En cuanto á mí, querido padre, en tan terrible momento, no pensaba más que en Dios, os olvidé completamente, como también á mi buena madre, temiendo no me ablandara el recuerdo vuestro, pues necesitaba todo mi valor. Fué espantable la matanza, pero á la una y media éramos dueños de la posición. »

Cuenta luego el cabo que recibió un balazo en el muslo, lo que le obligó á retirarse del combate poco antes de la explosión de una mina, en que perecieron varios centenares de sus compañeros, y añade: « Eso basta para que yo puede probar á quien quiera entre los *espíritus fuertes*, cuán grande es Dios en su misericordia, y cuán fiel en conceder su gracia á quien se la pide. Antes de subir al asalto, dirigíle esta súplica: Dios mío, este día es un día supremo, y mi suerte está en tus manos. Ni un cabello puede caer de mi cabeza sin tu permiso, así lo has dicho, Dios mío. Piensa en mi padre y mi buena madre; pienso que todavía no he podido pagarles el bien que ellos me han hecho, líbrame de todo mal..... Y Dios oyó mis ruegos.